

REVISTA DEL SALTO

Semanario de Literatura y Ciencias Sociales

Aparece los lunes, y cada cuatro números constituyen un mes de suscripción.

OFICINAS: DAYMÁN 121

Precios de la suscripción

Mes... \$ 0.40
Tres meses... 1.10
Seis... 2.00

SALTO, SETIEMBRE 11 de 1899,

Introducción

Todo periódico, al salir á luz, se traza un programa, rojo ó blanco.

Es combatiente ó es expositivo. Levanta la bandera punzó ó rehuye toda idea que no sea tranquila, todo concepto que no equilibre.

Nuestro programa es simplemente de exposición. Abrimos estas columnas á los que en el Salto meditan, analizan, imaginan, y escriben esas meditaciones, esos análisis, esas imágenes.

A los que resuelven un sentimiento en un pensamiento, y un pensamiento en una verdad.

Nada es pensar si no se procura grabar hondamente lo que se piensa. El esfuerzo más impulsivo es impotente, si la palanca quiebra sus brazos, y el concepto iluminado se desvanece en la sombra.

Escribir, siempre que se haya concebido y se crea la gestación completa. Si el pensamiento nace ahogado ó degenerado, no importa.

El aborto es siempre menos bochornoso que la esterilidad.

El que se siente precipitado está por encima del que no puede volar.

Entre nosotros, el pensamiento trabaja, pero teme la claridad. Deslumbra, como una gloria entrevista, y huye huraño, como el que tira una flor y esconde la mano.

Extiende sobre una frente silenciosa sus alas predestinadas, y se pierde

en la memoria, sin que un libro recorra su forma.

Porque una columna de sanas reflexiones es más provechosa que cien páginas inéditas.

Lo que se nos dice pasa fácilmente; lo que se lee no se olvida. Aquello impresiona como una belleza pasajera; ésto se graba con relieves de agua fuerte.

El abandono, — aun para los que están eternamente condenados á sólo admirar — es acusable. Pero es criminal cuando el genio vive en la sangre como una neurosis, cuando acaso con un golpe de alasse puede salvar una bruma tenaz.

La actividad tiene un broche que es el estímulo; y para romperlo, hay que dar el asalto, aun, cuando se escape torpemente la brecha.

Si no hay un terreno para la lucha, la cabeza mejor organizada; los que fatalmente llevan en sí la victoria como se lleva una herencia quintaesenciada, se consumirán, como el Gran Rebelado, en una lenta visión de laureles.

Una tierra estéril sugiere reflexiones menos dolorosas que un campo abandonado.

Extendemos, pues, las columnas de esta Revista, para los que inicien el ataque, ya como veteranos de una vieja Guardia, ya como tímidos iluminados.

HORACIO. QUIROGA

RAPIDA

DIARIO Y PERIÓDICO

El diario es una sensación rápida, moderna, incisiva, ligera, impresionable, hoja volante de vibraciones que tienden á herir más directamente la imaginación y el sentimiento que



á la serenidad del pensamiento.

El periódico es un libro más meditado que contiene más ideas que impresiones.

El diario es un organismo permanente. La revista, el periódico, son sucursales oportunas del diario.

Periódico y diario son luces populares y calóricos de cerebros movidos por una misma fuerza portentosa, la de la idea; son compañeros cariñosos tocados por un mismo sentimiento; misioneros de propagandas profundamente altruistas que manejan revoluciones dentro de la más pacificadora evolución. Pero periódico y diario tienen también diferencias.

Diario es información perpetua de todos los detalles, sin especialización de funciones. Periódico es especial aprovechamiento de fuerzas productoras. El diario es general y especie; la revista es especial y género.

El diario es más indiscreto el periódico es más prudente. Uno es más ligero, el otro más meditado. Uno más idóneo, otro más popular.

El diario habla al día del público y tira derecho á su pulso formidable que late en millares de átomos casi al unísono, como una armonía mundial. El periódico es más científico, más serio.

Los dos son universales, pero uno es el motor diario y otro es el motor social.

Los hombres estudiosos buscan un asilo más grato y amable en las columnas de una revista: allí hay tiempo para trabajar y para ser sentido. El bullicio de la muchedumbre no cabe en el estrecho recinto de la revista. Para la soledad del genio cuadra más la ciencia del periódico que suele ser tan elegante como los grabados de acero de la revista.

En el diario no se lee al artista ni al músico, y en él no pueden gobernar las artes. El público se siente mejor artístico contemplando la obra literaria ó la línea escultural en las antecámaras de la revista.

El periódico es más arte aunque contenga ciencia. Perdura la impre-

sión de la lectura del periódico. Desvanécese la ciencia que pueda contener el diario, á poco después de abandonado á las colecciones comerciales.

El diario es más audaz. La revista es más noble. El diario es polemista. El periódico tiene alturas de cátedra. Uno es perpetuo ruido mundanal, coro de aplausos y censuras, luchas y desafíos. Otro es consejo extraño y sereno levantando como palanca la cultura de una sociedad.

No es periodista ni folletista quien quiera, sino quien puede.

Golpean las muchedumbres á la puerta de los diarios con el ruido eternamente revolucionario de sus pregones, y su curiosidad es satisfecha con el boletín que dice á gritos: *comercio y baratijas, revoluciones y peleas*.

Suelen las revistas silenciosas, á pesar del arte y del genio, altruista que las produce, padecer de frío de indiferencia, porque el público eterno del *par* y de los *circos* permanece en el vestíbulo y no entra porque no tiene ni riñas ni lidias que presenciar que halaguen su colosal ligereza.

Los templos de los diarios están atestados de creyentes y profanos.

El templo del periódico — es frecuente — queda solo con sus Dioses Penates que no son los populares, sino los elegidos.

ATLÍO C. BRÍGNOLE.

Salto, Mayo 1899.

A LA CIUDAD DEL SALTO

Del Uruguay ante el azul espejo
Voluptuosa princesa reclinada,
Envuelta en chal de rojas margaritas
Y con flores de ceibo por guirnalda.

Vuelca el sol á sus plantas todo su oro,
Primavera, sus flores y fragancias,
Le dan las viñas la pasión y el fuego,
Su espíritu impetuoso, la cascada...

Ciudad hermosa, cuna de mis sueños,
Siempre por azahares incensada,
Ciudad bella del vino y los amores,
Con qué amor te recuerdo á la distancia!

Del Uruguay al borde, entre colinas,
El mismo Dios un día te asentará;
Dos arroyos te ciñen temblorosos
Con cellos y consauces de esmeralda.

Cual fulgor de lampiro entre tinieblas,
Siente á veces en medio á mi nostalgia
Una ráfaga tenue de azahares
Y un rumor indeciso de cascada.

Y entonces se levantan en mi espíritu
Un enjambre de dulces remembranzas,
Mis ensueños de niño, mis visiones,
El hogar do naciera á la esperanza,

Mis primeros dolores, agrandados
Por mi alma entonces crédula y romántica,
Mis primeros vagidos á la gloria
Pidiéndole sus lauros y sus palmas!.

Jardín de rosas, bosques de naranjos,
Do el sueño duermen que jamás acaba,
Serás que al darnos el adiós postrero
Lluntaron por siempre nuestras almas!

Bello edén donde moran los amigos
Compañeros de juegos en la infancia
Y que fueron también los compañeros
En esa edad en que al ideal se canta!

Ciudad incomparable, en que semeja
El bullir de la próxima cascada,
Redoble de tambor que nos ordena,
No cejar, de la vida en la batalla!

Ciudad bendita, cuna de mis sueños,
Siempre por azahares incensada,
Ciudad bella del vino y los amores,
Con que amor te recuerdo á la distancia!..

EDUARDO D. FORTEZA.

Buenos Aires, Octubre 1898.

Mi primera cura hipnótica

—“Entonces Vds. creen esa ratraña del hipnotismo,—nos dijo un colega, el Dr. A. acariciando su poblada barba rubia y mirándome á través de sus lentes de oro;—¿Vd. cree buenamente que basta decir á un medio adormecido por mareo, que tiene calor para hacerlo sudar á 10 grados bajo cero, ó hacerlo tiritar á 30 grados de calor, insinuándole que se pasee sobre nieve?”

Se necesita un tupé á prueba de bomba, no solamente para decir, sino para hacer imprimir y publicar semejantes estupideces.

No se sabe más qué inventar para mistificar y explotar al público imbécil y crédulo, agregó el Dr. A. Vd. verá que uno de estos días un bromista nos anunciará que inventó una máquina para ver á través de las paredes, la madera ó la piedra, y otro charlatán dirá que se puede telegrafiar á través del espacio,

sin hilos ni conductores; sin óvidar un tercerero que descubrirá un nuevo método para conversar á 20 cuabras de distancia.»

Y levantando con el dedo meñique de la mano derecha sus espejuelos que se habían deslizado hasta la punta de su nariz aguileña, el Dr. A...se levantó acalorado, encogiéndose de hombros y mirándome con aire de conmiseración.

Estabámos ahí cuatro médicos y un boticario, reunidos en tertulia, como todas las noches en las tras-botica, disutiendo *ad hoc* y *ad hac* sobre política, medicina, astronomía, agricultura, música, cocina ó teatro, sin rumbo, sin plan, ni programa.

Esa noche el tema en discusión era el hipnotismo; ese plagio del magnetismo de Mesmer, ajado, deprimido, desterrado y excomulgado por todas las Academias de medicina habidas y por haber.

Bernheim de Nancy recién había publicado sus primeros ensayos, bajo forma de un modesto folleto precursor de numerosos volúmenes publicados más tarde en todas las lenguas civilizadas y en todos los países ídem.

Se conocían también las observaciones del inglés Braid, del francés Liebault, como los del célebre Charcot en la Salpêtrière de París.

Entonces el hipnotismo contaba con raros partidarios y numerosos adversarios; la guerra estaba encendida. De todas partes surgían discusiones acaloradas, degenerando á veces en injurias y personalidades.

Como siempre, el mundo medical era un verdadero Campo de Agramante, y, como siempre, no se entendían los contrincantes; todos tenían razón, nadie se equivocaba.

Nuestra modesta tertulia representaba bastante bien un pequeño microcosmo medical, reflejo del grande.

Mis tres colegas eran tres adversarios decididos del hipnotismo: yo sólo era partidario y acérrimo defensor de la nueva (?) ciencia.

El farmacéutico era neutral, y casi neutral; más bien se inclinaba á la mayoría, cosa muy comprensible, pues maldita la gracia que le hace á los boticarios un sistema de curación sin droga, sin purgas, sin cataplasmas ni sinapismos.

“No debemos tampoco olvidar—agregó otro colega, que su hipnotismo no es otra cosa que el magnetismo de Mesmer, solemnemente condenado por todas las corporaciones científicas oficiales, y muy especialmente por la academia de Medicina de París, que le ha hecho un funeral de primera clase, declarando que rechazaría con igual desprecio toda comunicación sobre el magnetismo ó la cuadratura del círculo.”

¡Oh, sí,—les contesté—podemos hablar de las decisiones de las corporaciones científicas oficiales, y de sus anatemas contra todo progreso, contra todo descubrimiento que no sale de su seno; lindo respeto nos merecen los sabios patentados, condecorados y hoy felizmente enterrados y casi olvidados, quie-

nes, como dijo Eugenio Mus, rechazaron la Rotación de la tierra, los Meteoritos, el Galvanismo, la Circulación de la sangre, la Vacuna, la Ondulación de la Luz, el Pararrayos, el Daguerreotipo, el Vapor, la Hélice, los Ferro-carriles, el Alumbrado á gas, la Homeopatía, el telégrafo eléctrico, los cables submarinos. etc.

Dejemos á un lado las ridículas sentencias de nuestros pontifices científicos; no es argumento que vale: sino pregúnten á los mañes del ingeniero Lebon, el inventor del alumbrado á gas, ó á los del pobre Sauvage, muerto de miseria, desesperado de ver su invención de la Hélice, rechazada por autoridades científicas.

Es verdad que le levantaron después una magnífica estatua en Boulogne-sur-Mer, como el científicamente excomulgado Mesmer el magnetizador, la tiene también en Alemania.

Si algo vale el hipnotismo en medicina, pronto lo veremos, con ó sin el permiso de las Facultades.

En este momento entró un joven, pidiendo por el Dr. A...; mi principal adversario.

—Qué quiere Vd?—le preguntó con tono áspero el Dr. A... que, aunque muy bondadoso, era algo brusco en sus modales.

—Vengo de parte de la familia de C.... que vive en la calle Lavallega, para la señorita Ecilda,—le contestó el joven. La enferma sufre mucho de la cabeza, no puede dormir, y como hace cinco días que Vd. no viene, la familia le sería muy grata, si pudiera pasar á ver á su enferma esta noche misma.

El Dr. A.... reflexionó un largo rato, y dirigiéndose á mí:—Colega, me dijo, acompáñeme en esta visita. Por lo que he oído y leído sobre hipnotismo, verá Vd. un caso muy raro que se podría tal vez tratar por ese procedimiento. Le proporciono una magnífica ocasión para probar prácticamente su famosa panacea; vamos! iremos á pié, la noche es magnífica, el piso seco; haremos un lindo paseo, y en el camino le explicaré el caso. Y sin darme tiempo para contestar, me tomó amigablemente del brazo, llevándome casi á la fuerza.

Después de caminar unas quince cuadras, llegamos á la casa de la familia C.

Saludos, presentación de estilo, permiso acordado para que otro médico viera á la enferma; pasamos á examinar á ésta. Diez y nueve años, cara pálida—un poco demacrada, ojos y pelo negros, labios blancos, entreabiertos, dejando entrever una magnífica dentadura, aire triste y melancólico, Ecilda C.... recostada en un sillón, era muda y parálitica de las dos piernas, desde cerca de tres años.

Paso por alto el examen medical, dejando todo tecnicismo para llegar al diagnóstico:

Paraplegia y mudéz histerica.

Como Vd. vé, me dijo mi colega, es simplemente histerismo, ni más, ni menos, fácil de

diagnosticar, sin complicación; es una zoncera.

Zoncera! sí, pero con todo el diagnóstico fácil, la pobre no podrá ni hablar, ni caminar!

Era parálitica. En vano quince médicos trataron durante más de 30 meses una infinidad de drogas, por el estómago, en inyecciones, en fricciones, sin contar la homeopatía, la electroterapia, la hidroterapia y etc. etc. etc. sin otro resultado que gastos, sufrimientos y desesperación.

¿A ver, se anima? me decía A.—adelante con su hipnotismo, y si Vd. la cura, la hace mover un pié ó decir papá, me declaro vencido y me rindo.

Así provocado no debía, ni podía, ni quería retroceder; acepté resueltamente, proponiendo una primera sesión para el día siguiente, exigiendo que se me concedieran 15 días de tratamiento.

—Le doy 30, me dijo A. Hasta mañana á las cuatro de la tarde.

Llegada la hora, confieso que no me encontraba precisamente muy tranquilo, ni muy seguro, sobre todo teniendo que operar en presencia del Dr. A, que me miraba de soslayo, con aire burlón y una sonrisa socarrona que me irritaba y me contrariaba mucho.—

VICTOR RAPPAZ.

Concluirá.

Salto, Septiembre 6—99.

PERFILES AMIGOS

(Traducido del portugués para la *Revista del Salto*)

En una plaza medioeval que había quedado enclavada entre la demolición civilizadora de una ciudad augusta, levantábase una picota legendaria que había sido horca.

En las gradas sentáronse dos hombres de fisonomía incomprensible, como la de los que viven en la ignorancia de la patria, chicoteados por lo existente, alimentados por una revuelta sin objeto, ó por una nostalgia sin término.

Eran músicos.

Uno era flaco, con un viejo hábito de monje, en el que se veía la miseria de un empréstito ó de un robo. Tenía una nariz aquilina y fuerte, de donde irradiaban en arcos violentos las cejas de azabache. La barba era caprina y negra. Su rostro, sumergido en el fondo del capuz, tenía la palidez cansada de quien ha vivido

una existencia rebelde, en el azotamiento constante de una fatalidad asesina. Traía unos chapines sin color enlodados por los grandes caminos. Tocaba el violín.

El otro vestía una blusa de seda negra; tenía las manos femeniles, aristocráticamente finas, y una cara rapada, inquietante de lividez impenetrable. Los ojos, á fuerza de fijarse, parecían recogerse y mirar para adentro. La boca, recta como un corte de cuchilla, diseñaba el sarcasmo rebelde que traduce las impacencias de un siglo. Toda su figura inmóvil era de una inercia de mármol. Tocaba el violonchelo.

Alguna cosa de aureolante como la vaga expresión de sus almas, irradiaba de ellos, acusando un destino común, y que los uniera en la vida con los sólidos lazos de una simpatía severa. Su amistad era silenciosa y triste; conversaban mirándose, y había poemas de íntimo reconocimiento en aquellos diálogos tiernos.

Cuando se detenían, la multitud curiosa aglomerábase para oírlos, y ellos tocaban entonces la extraña música de sus vidas, que habían aprendido, por una selénica claridad de presagio, en unas tierras del norte.

Era una sinfonía acre, gritada y murmurada, dando la sensación de un ovillo de serpientes que se despedazan, irritada en gritos de chacal, y muriendo en estremecimiento de revuelta vencida, tan dolorosa y tan lamentosa, como si fuera tocada en el corazón por el pasaje bárbaro de un arco incandescente.

Los músicos hipnotizábanse, en nudecidos, en aquella espiritualizante concentración de un dolor antiguo. Sentíase la alegría amarga de quien lanza un ácido en una llaga abierta; el movimiento neurótico de un verdugo de sí mismo que se siente nadar en la quintaesencia del gozo, al hacer vivir, para contemplarla, su arrastrada existencia cubierta de llagas, corroída de remordimientos, constelada de tedios seculares.

No era una evaporación de sonidos: era un chamuscar de carnes en un brasero, el crepitar de un Moloch de donde subía un coro ronco de blasfemias, de risotadas, de besos.

La arcada del hombre flaco era corta, incisiva, irritada. Sentíase en él el deseo violento de apuñalear rápidamente, en cortes simples y rápidos, cortar millares de existencias incómodas y viles, con la precipitación de una venganza reprimida.

La del hombre del violonchelo tenía la lentitud fría de un inquisidor.

Era noble, lenta, de una corrección medida y larga, en la que se sentía el placer diabólico de tajar una alma con método y con arte. Era impecable como el verso de un parnasiano. Y su figura tomaba una expresión serena y deificada, en la que la boca precisaba más nitidamente el sarcasmo, y en la que la mirada se volvía más intensa de análisis cruel.

Anocheecía, entre tanto. El cielo tomaba un color violáceo y tiritante, en el que pasaban melancolías y hojas secas. Un crepúsculo ceniciento iba ahogando las líneas, descendiendo como una caricia de la sombra, esfumando la nitidez de las figuras, dando el aspecto de una indefinible tristeza á la silueta difusa de las dos enigmáticas criaturas.

Cuando la música terminó en un despedazado arranque intraducible, un murmullo de sorda desconianza, como esos movimientos incomprensibles del alma popular, agitó, en un rencor eléctrico, la masa de los oyentes.

Aquellas notas insultantes como un ronquido de herejías, les chocó la simpleza ruda y la hipocrecia correcta, como la altivez rabiosa de una profanación ó de un desafío. Sentíanse estupefactos y mistificados: aquellos bohémios del Arte eran, sin duda, unos diabólicos emisarios del país del Mal. Expulsarlos era un deber que cumplir para con la Orden; y todos, ya los simples, ya los groseros, podían comen-

por esa obra de justicia.

Entonces, explotando de una boca anónima, un clamor de amenazas fué creciendo y redando; unas voces más audaces gritaron: ¡afuera! ¡afuera! y una piedra silbó, yendo á golpear en el caleañar del violínista. Y, sin mirarse, en un silencio de resignación secular, los dos músicos tristes partieron.

Así errantes en la vida incomprendidos y rebelados, teniendo en el gesto y en el alma el desdén de los que viven solos en medio de las multitudes, arrastraron sus sombras por una avenida larga y nublada, dolorosamente grotescos, iluminados crudamente por el irónico centello del gas.

JUAN BARREIRA.

La moral sin acción

Al echar una ojeada contemplativa sobre la moralidad que hoy predomina en el mundo, se me viene á la memoria aquella interpelación de Cicerón en uno de sus elocuentes discursos al Senado Romano, que principia con estas conceptuosas frases: *Ubinam gentium sumus? In qua urbe vivimus? Quam republicam habemus?*

La amistad, la libertad, la igualdad civil, la fraternidad, en fin, todas las revelantes virtudes que debían constituir nuestra predilecta gerarquía entre todas las criaturas, se hallan adulteradas y fundidas con el vil metal del oro y su aliento envenenador y contagioso nos comunica una fiebre cuya sed ardiente é inextinguible nos mantiene en constante desvarío y olvida los completamente de los más sagrados deberes. Sólo nos despierta el monstruo de la envidia y del más tirano egoísmo, como hijo del contacto de este vil metal que concluye por postrarnos en la más abyecta é indigna posición.

La inmoralidad se cimenta sobre la

humanidad, causando más estragos y amarguras que todas las pestes y plagas de este mundo.

De la inmoralidad provienen los tan comunes infanticidios, horribles crímenes de la maternidad, los suicidios, los homicidios más alevosos, y todos los crímenes y atentados que cada paso contemplamos pues que tienen su origen en el vicio.

Sin embargo, vemos en brillantes discursos combatir sin descanso la corrupción: en elocuentes pláticas, presenciarnos á cada paso que se procura inspirar el horror al mal y enaltecer las virtudes; algunos ejemplos aislados se nos presentan como bello cuadro de imitación. Pero ¿qué sucede? Por lo general son palabras huecas que se desconocen en la acción; se evaporan y se pierden en el espacio como el humo.

La moral tiene influencia directa en todo el organismo social; su acción práctica es imprescindible en todos los actos públicos y privados: así como la sangre en nuestro cuerpo da movimiento y energía á la vida, mediante una circulación higiénica, así la moral vivifica y ordena la humanidad circulando con vigor por todo el cuerpo social, cuya higiene son las buenas acciones.

La moral hace de la política una misión noble y patriótica; dirige la administración de justicia con celo é imparcialidad; distribuye con orden y equidad los dineros que por todos los legítimos recursos entran en las arcas nacionales; sostiene la dignidad y honradez de las autoridades principales y demás empleados públicos; desarrolla en todas las esferas el progreso de los pueblos constituyendo su engrandecimiento bajo las más sólidas bases; y últimamente debe predominar en el comercio, en las industrias de cualquier clase, en las artes y en todas las profesiones cualesquiera que sean.

En el hogar doméstico es la primera, sino la única, que puede armonizar la paz y el contento de las familias; la que sostiene el amor conyugal;

por manera que sin la moral en acción no puede concebirse nada bueno y útil á la sociedad.

El trato familiar, los modales, las palabras y acciones más insignificantes, pierden su brillo si no impera la moral, como que la urbanidad es una parte esencial de ella.

Si fuéramos á descorrer ese velo de fingido oropel que cubre á los hombres y presentásemos á nuestra sociedad en cueros, cuán hondas llagas, qué cánceres horribles se nos presentarían á la vista! Pero, para no caer en tan tristes desengaños, sigamos alimentándonos de esas engañosas ilusiones hasta que terribles golpes de una prolongada y dorada experiencia nos pongan de manifiesto la florida senda del bien obrar segando para siempre el tortuoso camino de la inmoralidad y del escándalo.

Todas las virtudes que encierra la moral son nada, cuando no las rodea más que ese incienso efímero de las frases de las políticas y discursos por más bellos y elocuentes que sean, si los ejemplos que son la moral en acción, no les secundan serán, en el primer caso, como la gota de agua que salta sobre una peña al choque de las embravecidas olas del mar que á poco rato el calor del sol la evapora y desaparece.

Todos los días vemos en las naciones que militan en la tierra, leyes y más leyes, códigos á millares y decretos á millones; unas construyen, otras destruyen. Y qué acontece? Que las leyes, los códigos y los decretos duermen el sueño tranquilo del olvido, y se improvisan nuevas leyes y códigos con decretos que estén más en armonía con la moda y costumbres de la actualidad.

Qué es, pues, de esa tan decantada soberanía nacional que ciertamente si existiera constituiría la legítima emanación de los poderes públicos?

En varias repúblicas, como estoy cansado de leer, se compran los votos en subastas públicas, y en todos los países más ó menos la emanación de los poderes públicos depende de las

influencias del oro, de las personales, de la ignorancia, y sobre todo depende del férreo poder que doblega á los pueblos á cuyo impulso irresistible tienen que abjurar de su libertad y de sus convicciones.

S. ANGELERI.

Tierras del crepúsculo

LA SONATA DEL PRADO

Música es la expresión ingenua y delicada del sonido con carta de ciudadanía en todas las almas, y ellas se adhiere con suavidades de caricia anhelada, después que el oído la acogiera con los honores de una declaración de amor en voz divina de labios de una novia invisible, que presumimos lo más bella. Es la poesía traducida con riqueza de matices á ese idioma que parlantusiastas las aves canoras, á ese idioma rey, excelso, de melodías, expresivo, sentimental, dulcísimo y de inspiración infinita.

¡Cuántas veces mi alma se ha embelesado con la audición de las sinfonías diurnas del prado, que son gala de la aurora con su frescura clásica del ambiente que aspiran los ángeles sus tintas de reflejos multicolores dormidos sobre la limpidez de un espejo, que no encuentran una paleta que las copie, y su perfume de regiones paradisíacas!

Yo no sé si esos colores, esa frescura y ese perfume son del cielo y el aire una expresión de satisfacción al oír el cántico de las aves. ó si estas, con sus sonatas matinales quieren rendir á la Naturaleza un tributo de admiración. Yo no sé si las primeras claridades sorprenden en sus sueños con la luz naciente é indefinida del crepúsculo, á esos pajarillos que son dueños del alma de la primavera. ¿Será, acaso, que todos los dones del mundo, se rehacen durante las som

bras nocturnas como ejércitos disminuidos después de la batalla, para lucir radiantes y competidores sus galas en la juventud del día?

Las sonatas del prado—como gratísima baharunda de un manicomio de tiples, tenores, barítonos y bajos—tienen un fonógrafo que almacena las notas: el eco, y las repite como propagandista de vida, amor y ensueños por los ámbitos de su país. ¡El eco, más poderoso que Beethoven aquel genio que en las redes de oro del pentagrama no pudo copiar las melodiosas y variadas sonatas que son para la Creación el himno al Sol.

LUIS A. THÉVENET.

Salto, septiembre 8 de 1899

TEATRO

La compañía dramática española que actúa en Larrañaga ha representado anoche una creación para el teatro.

EL DRAMA: Es una obra de asunto histórico, cuyo desarrollo y cuya evolución recuerdan las emociones de un proceso. La trama es sencilla, lúricamente desenvuelta en escenas pasionales, genuinamente melodramáticas. Hay reflexiones de cierta trascendencia intelectual, aun cuando la mayoría de las frases de efecto son de intención caballerescas, dirigidas directamente al corazón. La sugestión de las escenas culminantes es bastante poderosa, cortada, á veces, por salidas cómicas, impropias del carácter general de la obra, y, sobre todo, de la amplitud de impresiones que embargan en esos momentos á los actores. Hay cuadros de bello efecto artístico, en los que predomina la visión pictórica y escultural sobre la impresión que origina el drama en sí. Los finales de los actos hacen resaltar esa nota efectista, en un grupo pa-

sional, diversamente inspirado, con expresiones contrarias y destacantes.

En general, el drama, ó más bien el melodrama, es bueno, sencillo, conmovedor y de poderoso interés.

LOS INTERPRETADORES—El Sr. Cordero es un artista sincero, de buena escuela, regular declamador y muy apasionado. Se hace notar en los pasajes que sobresaltan la atención, ya por la alegría, ya por el dolor. Imprime en sus sollozos una nota verdaderamente triste, y se posiciona fácilmente de sus papeles. Es algo rígido en las escenas incidentales y á menudo no inflexiona la voz como lo pide el martirio ó la desolación de los personajes interpretados. Por otro lado, es notable por la naturalidad de los gestos, de la expresión, de los movimientos. Tiene en este ramo una escuela excelente, y logra sugerirnos la idea de una verdad.

La Sra. Postalardo dá á sus roles una intención muy cariñosa, y creemos que éste es su principal mérito. Modula la frase con maestría suma, y hace que uno de nuestros ruegos á los de ella cuando su cuello se arquea amorosamente, y sus manos se tienden abrazadas en una súplica filial. Tiene una hermosa figura, y movimientos no muy bien caracterizados. Sobresale en las escenas de ternura.

Font es bastante correcto en la expresión. Aparicio es una figura serena y reposada, y Martínez tiene buenas actitudes.

La señora Huertas es natural, sencilla,—algo en demasía,—pero sin exageración en sus roles.

ADVERTENCIA—Se ha malogrado el propósito que teníamos de ofrecer algunas ilustraciones en el presente número de la REVISTA, á causa de imprevistos inconvenientes. Prometemos indemnizar esta falta en los sucesivos números.